

LA SOCIALDEMOCRACIA (*)

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

1. Lo hemos repetido muchas veces. La experiencia cotidiana viene reafirmando cada vez más. El socialismo, en los países en que ha sido impuesto, es la pérdida de la libertad y el régimen de inacabables colas. Checoslovaquia y Polonia han cortado en flor las esperanzas que muchos países habían puesto en un socialismo en libertad.... El socialismo, en los países democráticos, cuando penetra en el gobierno, resulta, más o menos rápidamente, el expolio de lo privado y el despilfarro de lo público.... Luis Olariaga, en *La sociedad a la deriva*, lo había explicado: «La edad de oro de la política socialista —que hoy también sugestion a minorías que no se consideran masa— es el período en que puede decirse que el socialismo vive del capitalismo, en que absorbe parte de las ganancias que este último aporta al fisco, a la inversión. Después viene la dura realidad, cuando no hay enemigo que afronte responsabilidades y pague cuentas, y es inevitable crear una autoridad que imponga legalmente las condiciones de trabajo que adapten el nivel de consumo al nivel de producción».

Lo dicho respecto del socialismo que penetra en los países democráticos, aparece claro en las socialdemocracias.

Debemos comenzar, sin embargo, por examinar en qué consisten estos sistemas calificados de social-demócratas y cómo han surgido.

(*) Conferencia desarrollada, el 24 de marzo de 1981, en el salón de actos del Colegio Simón Bolívar, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en México, D. F.

En su resurgimiento ideológico se advierte una doble vía: una desde el liberalismo y otra desde el socialismo. Hay, además, una tercera que no pretende llegar a una síntesis, sino llevar de aquél a éste por vía no revolucionaria violenta, sino reformista, a través de una *revolución silenciosa*, conducida *desde arriba*.

Según Louis Salleron: «quien primero, que nosotros sepamos, preconizó esta solución fue John Stuart Mill». Consideraba que ningún sistema era tan apto para asegurar mayor producción de riqueza como el capitalismo liberal, en libre concurrencia. Pero que, como este sistema enriquece excesivamente a los capitalistas, el Estado debe restablecer la igualdad recaudando los impuestos precisos para distribuir las ganancias superfluas a los menos favorecidos, o bien para crear instituciones sociales en beneficio, gratuitamente, de éstos.

A ello no ha sido ajeno el gran capitalismo, según señala *Le Monde Diplomatique*, en su editorial de su número de septiembre de 1981: «En cierta manera, la socialdemocracia se encuentra a la vanguardia del capitalismo social, de un capitalismo que busca aumentar su propia dinámica desarrollando sus capacidades de innovación, revolucionando los modos de vida y favoreciendo la distribución de ingresos elevados en ciertos estratos obreros». Se trata —dice Michel Beaud— «de asegurar las buenas condiciones del buen funcionamiento de la economía capitalista sobre la base de la ampliación de la demanda popular de consumo».

Desde el lado inverso, se ha pretendido superar: de una parte, la falta de libertad del socialismo, dándole carácter formalmente democrático, con los estimados presupuestos necesarios para que ésta se desarrolle de acuerdo con el modelo occidental; y, de otra parte, consiguiendo recuperar y estimular la iniciativa creadora y las orientaciones y el juicio del mercado.

La vía táctica, dirigida a transformar las estructuras sociales, sin violencia, por el denominado socialismo reformista tiene viejas raíces.

El propio *Marx*, que propugnó la senda revolucionaria para

la instauración del socialismo, sin embargo —como ha recordado Pedro Schwartz—, concebía la posibilidad de que el régimen que propugnaban no se instaurase por la fuerza, sino por los votos allí donde, como en Inglaterra, imperase la democracia. Sobre todo los programas políticos expuestos por Marx en el *Manifiesto* de 1848 o en su *Crítica al Programa de Gotha*, en 1875 (que también redactó con Engels), «son programas socialdemócratas en la acepción presente de esta denominación: desde la enseñanza estatal hasta la nacionalización del crédito, pasando por el control del comercio exterior y el impuesto progresivo sobre la renta, todo está ahí y nada sobra.

»Ello no es casual. Los socialdemócratas de hoy también quieren construir un mundo feliz por medio de la paulatina supresión de la propiedad privada: precios controlados, fincas manifiestamente mejorables, empresas públicas, financiaciones privilegiadas, monopolios legales, control de cambios, nacionalización de la medicina, de la enseñanza; he aquí otras tantas maneras de minar la propiedad privada de los medios de producción».

Y el mismo Swartz en otro artículo ha insistido:

«El tipo de sociedad que Marx quería crear con su actividad política se parece mucho a la que los socialdemócratas han establecido en aquellos lugares donde han alcanzado el poder.

»Es cierto que hay una diferencia importante entre un marxista y un socialdemócrata: tanto el maestro, como sus discípulos más puros, defendieron la necesidad de una "dictadura del proletariado" para terminar con el capitalismo; mientras que los reformistas, o socialdemócratas, como se les llama ahora (entre los que, por cierto, habría que contar a Friedrich Engels), siempre han defendido las formas de la democracia política occidental»

2. Pero, fue en 1864 cuando en el seno de la Primera Internacional estalló la gran querrela entre revolucionarios y reformistas. Había que elegir entre dos estrategias: la revolucionaria o de ruptura y la indirecta o de reforma. Revolucionarios eran quienes concedían prioridad a la conquista del poder y a la subversión radial del Estado; y reformistas quienes estima-

ban posible transformar la economía y la sociedad actuando sobre las estructuras económicas y sociales.

Louis Blanch (1817-1892) es considerado el verdadero fundador del socialismo reformista que pretende la transformación gradual del sistema social mediante reformas efectuadas dentro del propio régimen existente.

Benoit Malon (1841-1893) formuló una complementariedad de las vías revolucionaria y reformista: «Sepamos ser revolucionarios cuando las circunstancias lo exijan; pero seamos siempre reformistas».

Por otra parte, desde la primera mitad del siglo XIX, entre los republicanos franceses se había acariciado la ilusión de resolver la cuestión social con la aplicación pura y simple de los principios de la democracia política. Ilusión rota en 1848, pero que renació a finales del siglo. Se estimó entonces, en algunos medios, que la acción política debía sostener, apoyar y desarrollar la acción sindical. Y esa fue la práctica de los partidos socialistas, dirigida a la obtención de reformas inmediatas, relegando a un segundo plano el programa de la conquista del poder por el socialismo.

Fue la línea del reformismo en 1814 en Francia: reformas graduales asequibles y no una incierta revolución; consideración de que no era inminente el fin del capitalismo; abandono de la lucha de clases; acatamiento de la democracia parlamentaria; aceptación de la responsabilidad del poder para la mejor impregnación de la sociedad por el socialismo.

En Alemania, el partido social-demócrata adquiría gran prestigio en las vísperas de 1914, orientado, más que a la nacionalización de la propiedad, hacia la gestión y la planificación en un capitalismo de Estado. En 1930 llegó su eclipse y hasta cuarenta años después no alcanzó de nuevo el poder.

Hoy en día, hay una aproximación de socialistas reformistas y de ciertos neoliberales, autocalificados progresistas, que coinciden en asegurar la redistribución de la riqueza especialmente por medios fiscales.

El antes citado Salleron explicaba, durante la presidencia de

Giscard d'Estaing, cuál era la triple política que éste proseguía tenazmente:

- socialización en la distribución,
- dirigismo en la producción,
- y *liberalismo integral en las costumbres* (que han sido «legalizadas» con las nuevas regulaciones de la contracepción, del aborto y del divorcio).

He ahí definidas, en un régimen político de sufragio universal y pluralismo de partidos políticos, las tres características de la política social que tipifican a las democracias sociales. El mismo Salleron las contempla con pesimismo: «La licencia ilimitada en el ámbito de las costumbres y de las opiniones no es más que una caricatura de la libertad. Combatida con un dirigismo socializante en el ámbito de la economía, no puede sino desembocar en un régimen autoritario de tipo expresamente socialista que será, tras el comunismo soviético y el de las democracias populares, una forma nueva de totalitarismo».

Por otra parte, ya con anterioridad había observado el Partido Comunista de Francia —en su *Tratado marxista de economía política. El capitalismo monopolista de Estado*—, que la política fiscal, crediticia y social francesa, estaba conduciendo a:

- que se acrecentará el peso efectivo de los grupos monopolistas de la sociedad;
- que el capitalismo monopolista de Estado [fase del capitalismo monopolista aliado al Estado tecnocrático] extendiese «al mismo tiempo y necesariamente, el asalariado»;
- que se redujeran las bases sociales de la burguesía monopolista.

Con lo cual, estimaba que se preparaban las bases sociológicas de la infraestructura que podrían facilitar la implantación del comunismo.

3. El advenimiento efectivo de los sistemas socialdemocráticos ha recibido en su molino la fuerza motriz de tres avalan-

chas que les ha dotado de innegable potencial y posibilidades: el *comunismo*, el *keynesianismo* y la *tecnocracia*, potenciados respectivamente por el *capitalismo*, por la *inflación*, a su vez facilitada con la sustitución de la moneda de metal por el papel-moneda y por los adelantos de la técnica.

El primer fenómeno —es decir, el del capitalismo moderno que, con él, nos ha traído un consumismo desmesurado e impulsado por la propaganda— ha tenido, como puntos de apoyo, ciertas creaciones humanas que, en sí mismas, son puramente técnicas, meramente instrumentales, y, como tales, moralmente neutras:

— el papel-moneda, y su circulación fiduciaria, aceptado como un valor en sí y como medida del valor de todas las cosas;

— la sociedad anónima, como forma que se interpone entre las personas naturales y las cosas, convirtiendo a aquéllas de propietarios en accionistas.

Pero, estos dos instrumentos, superdesarrollados, han invadido toda la vida económica y su hipertrofia ha dado lugar a los efectos siguientes:

— el *pensar en dinero*, que presupone la cualificación cuantitativa de todo; todo se compra y se vende, todo tiene un precio; el beneficio pecuniario es apreciado por encima de las demás cualidades de las cosas, y así lleva a tomar el provecho como objetivo, norma y medida de todo;

— la *pérdida de inmediatividad de la relación hombre-cosa*, que da lugar a que el copropietario, que pasa a ser accionista, pueda abandonar la cosa salvando el capital; de modo tal que la empresa es abandonada, enseguida de realizado el negocio, antes de dejar que caiga en bancarrota, pues *la propiedad es sustituida por el capital fácilmente mavilizable*;

— tiende a *disociar capital y gestión*, que se encarga, muy a menudo, a mandatarios ajenos a aquél;

— contribuye a separar *propiedad y responsabilidad*, o por lo menos a limitar ésta y, con ello, se *desolidariza* persona y cosa; liberando aquélla de lo que, con palabras de Saint Exupéry, podemos denominar *engagement*;

— hace fácil que el capital se convierta en *invasor, imperialista*, pues, como nada meramente cuantitativo tiene límites definidos, esa indeterminación se conjuga fácilmente con el afán de provecho que el hombre siente, que así tampoco halla límite; como ha dicho Chesterton, el propietario puede amar su fundo con límites que forman su perfil, mientras que el capital, por ser uniforme, no tiene límites definidos que le contengan.

Por ello, llegó a escribir Edouard Drumond, en *La France Juive*: «El capitalismo se parece a la propiedad como la obra de un falsario hábil se parece a una pieza auténtica. Uno de los pergaminos es la verdad, el otro la mentira: ambos son, no solamente diferentes, sino fundamentalmente opuestos: son lo contrario y la negación el uno del otro.... El capitalismo se parece a la propiedad como el sofisma se parece al razonamiento, como Caín, tal vez, se parecía a Abel».

El capitalismo, estructurado en torno a la figura jurídica neutra de la sociedad anónima, como instrumento de su desarrollo, producido fundamentalmente en regímenes de democracia política, estructurada en sistema de partidos y bajo el principio atomizador de «un hombre, un voto», ha dado lugar al fenómeno de la *economía al revés*.

El profesor Marcel de Corte ha explicado lúcidamente este fenómeno:

«La finalidad de la economía no es la producción, ni es el consumo, sino el *consumidor*»: «individuo de carne y hueso, provisto de un *cuerpo* que, como tal, es el único capaz de consumir bienes *materiales*».... «Así, el consumidor no es solamente la condición de la producción: es aquél por quien la producción existe, es su único fin posible....».

Pero, en la economía moderna, no ocurre así, sino «que, por próspera que parezca, es una economía *que gira al revés, en contra de su misma finalidad natural*».... «Todos los productores, cualesquiera que sea el nivel a que pertenezcan, pretenden desviar hacia ellos solos, a veces divididos y otras coaligados, el flujo de la productividad de la que se proclaman su causa ex-

clusiva. Como se trata de una operación *contra natura*, con esa finalidad, recurren al poder del Estado....». «Se llega, a fin de cuentas, a *producir para producir* y a *erigir la productividad en criterio único* de la salud de la sociedad moderna y de la solidez de la economía».

Así se llega a la *sociedad de consumo*, «especie de estómago inmenso, mitológico, en el cual se diluye el hombre moderno y se convierte, a la vez, en una entidad mítica»..., «resultante de la economía al revés, que, queriendo ser una economía de productores, no puede asegurar su continuidad *contra natura*», a no ser invirtiendo la relación entre productor y consumidor, constriñiendo a éste, «para sobrevivir, a adaptar, *por todos los medios*, el consumo global a su producción global», haciendo así del consumo un «solo y único receptáculo gigante» y «elástico».

Cuando ese ritmo creciente del consumo, requerido por el incremento de la producción, cede y se rezaga y quedan excedentes de ésta sin consumir, se recurre al Estado, instando una mayor intervención suya en la economía. Este, a su vez, segrega «una presión fiscal delirante y una reglamentación cancerígena», para reavivar la productividad, en una «economía amañada» que «deja su lugar a un mecanismo burocrático» y suple «su vitalidad extenuada con una acumulación de aparatos de prótesis». Como último recurso, acude a la inflación, «el estupefaciente por excelencia que los Estados utilizan para enmascarar la quiebra de sus injerencias en la economía».

La economía así orientada «funciona en contra de la naturaleza de las cosas, exige artificios cada vez más numerosos»..., «se hace artificial, a su vez, en rápida cadencia».... «Como lo propio del objeto imaginario consiste en prestarse a todas las combinaciones, a todos los arreglos, a todas las estructuraciones, el economista se halla, ante él, más o menos del mismo modo como el técnico ante el montaje de una máquina cuyas piezas están separadas, esparcidas. Está, pues, llamado a poner orden, a introducir una estructura en lo que, por hipótesis, carece de orden y de estructura. Como sea que este orden y esta estructura no resultan ya de la realidad económica, definida por su fi-

nalidad y por la naturaleza de las cosas, no le resulta imposible, por consiguiente, con el apoyo del poder político, imponerla desde fuera, como el plano de una máquina a sus diversos rodajes. El técnico de la economía se convierte así, con la mayor facilidad, aunque sólo sea para verificar su sistema, en un *tecnócrata....*».

4. Hace unos años, Jacques Rueff recordaba que, Goethe, en la segunda parte de *Fausto*, escribió con sorprendente don profético que la inflación es y no puede ser otra cosa que una invención del demonio.

Mefistófeles, utilizando el bufón del rey, inspira al canciller la fórmula «que convierta todo mal, y hace saber a todos y cada uno que este papal vale mil coronas y tiene por garantía cierta un número indefinido de bienes todavía escondidos bajo el suelo del Imperio».

Rueff resume el relato de Goethe y, entre paréntesis, lo va comentando:

«Será imposible detener el papel de su vuelo; los billetes se dispersan con la rapidez del rayo. La oficina de los cambistas está abierta, con alguna rebaja en verdad (*ya aparece la depreciación monetaria*). De allá va a casa del carnicero, el panadero y el cervecero. La mitad del mundo no sueña más que en festines, mientras que la otra se pavonea con trajes nuevos. El tejedor teje, el sastre corta (*el pleno empleo*), el vino salta en las tabernas a los gritos de "¡Viva el Emperador!" (*las ventajas políticas de la inflación*)».

Pero Goethe hace hablar al heraldo, que comenta la fiesta y denuncia sus graves consecuencias.

«¡Cómo goza la querida multitud! El que da es asaltado; llueven joyas como en un sueño, y todos quieren tener alguna cosa. Pero lo que cogen con tanta avidez nos les aprovecha apenas; los tesoros se les escapan enseguida. El collar de perlas se rompe y el pobre diablo no tiene en la mano más que escarabajos; se los sacude y revolotean alrededor de su cabeza. Los otros, en

lugar de bienes sólidos, han atrapado frívolas mariposas. ¡Oh, el bribón que promete todo y no da nada!».

Rueff comenta:

«.... todo está implícito aquí: los descubrimientos técnicos, las ventajas políticas, las consecuencias sociales, no hay duda, el poeta ha visto más claro que la mayor parte de los economistas, ha comprendido y ha mostrado claramente que la inflación era obra del diablo, porque respetaba las apariencias y destruía la realidad».

A este invento, que Goethe atribuye a Mefistóteles, le dio empaque científico Keynes, mostrándolo como la piedra filosofal del pleno empleo.

Louis Salleron ha hecho notar cómo una de las características del proceso inflacionario consiste en que *destruye y transfiere para construir*. Es cierto —como dice este sagaz economista— que la vida económica, como todo otro aspecto de la vida, es siempre *destrucción* con vistas a la *construcción*, siempre es *consumo* con vistas a la *producción*; pero, mientras en la *vida normal* hay un ritmo y una *proporción*, entre los aspectos destrucción y construcción, consumo y producción, toda proporción queda rota y desquiciada en los períodos inflacionarios.

Naturalmente, esa mayor destrucción es una *deseconomía* que fuerza una nueva, mayor, más rápida y más costosa construcción, que, a su vez, acelera el ritmo inflacionario, en una articulación cada vez más difícil de dominar y, por ello, más tendente a la caída, provocando un alud.

Ese desequilibrio produce, a su vez, otro desequilibrio, por las transferencias de riquezas a que da lugar. También Salleron lo ha subrayado.

«Las transferencias de riqueza continúan. Del pequeño al grande. Del más débil al más fuerte. Del individuo al grupo, y del grupo al Estado. No hay más que un *automatismo*: el de la construcción de *Leviatán*, que sorbe la sangre y la médula a todas las células vivas de todas las libertades».

«La inflación *destruye* el capital de los individuos, de las familias, de las asociaciones, de las pequeñas y medianas em-

presas, para *construir* el capital del monstruo totalitario, que, armado de sus ordenadores, somete y planifica, atornillando la carne y el espíritu de la humanidad».

Aquí no vamos a profundizar acerca de ese evidente influjo de la inflación en la destrucción de las *libertades* y, paradójicamente, a la vez, en la hipertrofia del gran capitalismo financiero y en el desarrollo del socialismo, ya sea en beneficio del llamado *capitalismo monopolista del Estado* o de la lenta pero implacable transformación del Estado en *capitalista único*, que acapara así todos los poderes sociales: político, económico y cultural.

Rueff había señalado que la inflación «no sólo modifica los caracteres de la acción gubernamental, sino que afecta profundamente, por lo menos en tanto no esté contrarrestado por el desagüe monetario, al estatuto del individuo»... «¿Cómo pensar que el hombre pueda ser responsable de su propia suerte y de la de los suyos si el ahorro que ha acumulado para su vejez o para los días malos se evapora por una evolución de precios que no podía prever ni evitar?»... «El hombre no asume legítimamente las consecuencias de sus actos más que si los elige libremente, o sea, en tanto pueda ejercer efectivamente la facultad de libre disposición que sus derechos le prometen».

«El hombre que ha perdido la soberanía de su destino ya no merece ni las alegrías que le acaecen ni las penas que le afligen. Se le puede enseñar la moral y el derecho, incluso se le pueden aplicar; pero por sí mismos no podrán ser más que supervivencias ilegítimas de los tiempos ya acabados. Tendrán que caer forzosamente en desuso, puesto que el hombre para el que habían sido creados habrá dejado de existir. Y, con ellos, desaparecerán todas las nociones que nuestros catecismos, nuestras morales y nuestros códigos nos habían enseñado a respetar, y que constituían la grandeza y la dignidad humana».

El premio Nobel, Elías Canetti, había mostrado, hace ya años, la relación entre masificación e inflación: «Si las piezas de moneda —dice— tenían antes algo de la estricta jerarquía de una sociedad cerrada, el papel moneda actúa más bien como la muchedumbre de una metrópoli».

En el fenómeno inflacionario, halla Canetti una propiedad psicológica de la masa que ha calificado de particularmente, importante y sorprendente «el placer del crecimiento rápido e ilimitado».

«Engendra masificación, en cuanto produce desarraigo. La inflación remueve las más profundas capas sociales. Levanta nuevos ricos y lanza hacia cifras astronómicas a los financieros, que van adquiriendo los bienes raíces de los que muchos más se desprenden, unos por necesidades dimanantes de la inflación, otros por el señuelo que les produce la oferta de cifras que les parecen asombrosas, pero que al derretirse con la desvalorización les confundirán en la masa de desheredados. Nunca, como en períodos de inflación, se rompen las relaciones afectivas entre el hombre y las cosas, incluso las de afección familiar, tal vez secular. Pocas circunstancias provocan mayor trasiego de población desde los lugares donde se hallaban arraigadas hacia las grandes urbes en crecimiento, donde incrementarán las muchedumbres....».

Canetti trata de profundizar más en el aspecto psicológico: «Tal vez se vacile en atribuir al dinero, cuyo valor es fijado arbitrariamente por los hombres, efectos generadores de las masas que sobrepasan en mucho su propio destino y que tienen algo de absurdo y de definitivamente humillante». Con la inflación, el individuo «ha perdido su solidez y sus límites; es diferente en cada instante. Ya no es como una persona; ya carece de toda especie de dureza. Tiene cada vez menos valor».... «Se puede observar en la inflación una algarabía de devaluación, en la cual los hombres y la unidad monetaria se confunden del modo más extraño. Son intercambiables»...., «y todos juntos están entregados a ese mal dinero, y todos juntos también se sienten, como él, sin valor».

5. En la economía al revés, inflación-masa-totalitarismo, forman una cadena, que parece imposible de romper, pues se entrecruzan formando un verdadero nudo gordiano.

Como, prosigue De Corte, su anterior razonamiento: La so-

ciudad «sustraída a la ley de la finalidad», crea el «cáncer mortal», del crecimiento desmesurado del sector «terciario», que: «moviliza a su servicio todo el dinamismo económico de la nación y subvierte su sentido: La finalidad de la economía es aceptada desde su fuente e introducida en canalizaciones que usan el poder para nutrir, consolidar y extender la tecnocracia».

La tecnocracia es una pieza fundamental en el camino que conduce al totalitarismo. Albert Speer lo ha confesado: «... en aquella triste época [de la Alemania nazi], además de la depravación humana, entró por vez primera en la historia un factor que distinguía a aquel régimen despótico de todos los que le habían precedido, un factor que en el futuro debía adquirir aún una mayor importancia». Lo reconoce en su calidad «de *máximo representante de una tecnocracia* que, irreflexivamente, había utilizado en contra de la Humanidad todos los medios a su alcance»: «Las dictaduras de otros tiempos precisaban de hombres de grandes cualidades, incluso en los puestos de mando inferiores, hombres que supieran pensar y actuar por su propia cuenta. El sistema autoritario de la época de la técnica puede prescindir de ellos; sólo ya los medios de telecomunicaciones permiten mecanizar el trabajo del mando inferior...».

«Pensé —dice— en las consecuencias que en el futuro podría tener el poder político ilimitado, asistido y, a su vez, dominado por la técnica».

La tecnocracia presupone una *concepción ideológica* que admite la *mecanización social*, que estima debe ser dirigida centralmente por unos cerebros capaces de ordenarla e impulsarla *del modo más perfecto*.

La definición de esta perspectiva ideológica puede teñirse de muy diversas coloraciones ideológico-políticas; pero tiene como básico un *idealismo racionalista cuantificador y operativo*.

La *racionalización* es, pues el dato común, la característica fundamental, base de la operatividad que trata de realizarse mediante las técnicas más progresivas.

Y esta *operatividad técnica* constituye también otro dato común.

Esa tecnocracia opera la política que podemos denominar democrática-social —aunque no sean partidos socialdemócratas los que gobiernen—, valiéndose de los siguientes medios:

- la planificación centralizada y tecnocrática de la que nos hemos ocupado especialmente en otras ocasiones;
- la creación de empresas mixtas estatales y capitalistas;
- la asunción por el Estado de ciertas empresas de servicios con precios políticos que se financian, en parte, con los impuestos;
- una creciente organización de la seguridad social, cada vez de mayor volumen;
- el desarrollo del crédito estatal hasta conseguir su dominación o, por lo menos, su «control» por el Estado;
- el absoluto «control» de importaciones y exportaciones;
- una política fiscal implacable, que se autojustifica asignándole una función redistributiva de las rentas, por una parte, y de estímulos, de otra, con la finalidad de influir en la economía y dirigir la afluencia de capitales a determinados sectores;
- una inflación, a la cual se trata de contrarrestarle sus efectos con muy diversas medidas económicas y fiscales que, a su vez, acrecientan, cada vez más, el intervencionismo estatal;
- el dominio directo de la enseñanza, arguyendo la finalidad de igualar todas las oportunidades, y el indirecto de los grandes medios informativos.

La superfiscalidad es el instrumento que alimenta esta organización socialdemocrática. Pero esa superfiscalidad —cuyo objetivo teórico es el reparto más equitativo de los recursos de la nación—, ha observado Gustave Thibon que conduce paralelamente:

- a la proliferación de una burocracia parasitaria;
- a la evasión de los capitales;
- y al fraude fiscal.

Factores negativos de los que son las primeras víctimas los ciudadanos más indefensos.

6. El denominado *modelo sueco* ha sido considerando el más acabado de socialdemocracia. Ya hace años hemos venido repitiendo las principales observaciones hechas a ese sistema que produce:

— Una emigración de las élites, que tratan de buscar fortuna en el extranjero.

— Grandes dificultades para las pequeñas empresas, mientras el capital sigue concentrándose. Jean Parent escribía que en Suecia el capitalismo privado se halla más concentrado que en parte alguna y que domina absolutamente la esfera de la producción. Como podemos leer en *Le Monde Diplomatique* de septiembre de 1981, Gunnar Nilson, dirigente de la muy poderosa LO (Confederación General Sueca del Trabajo), declara que se asiste a «una concentración sin precedentes del poder económico en Suecia» y que, en el fondo, en «cuarenta y cuatro años, la socialdemocracia no hizo más que administrar la sociedad capitalista»; pues, a pesar de tener uno de los niveles de vida más elevados del mundo, importantes derechos sociales y sindicales y una escala de salarios reducida de uno a cinco, después de deducir los impuestos, la economía está casi enteramente controlada por dos grandes bancos y unos veinte grupos transnacionales.... Y Anthony Benn señala que si en 1950 las cien empresas mayores aseguraban el 20 % de la producción nacional, en 1973 totalizaron el 46 % y en 1980 el 66 %....

— La creación de más puestos de trabajo fuera de Suecia que en ella, hasta el punto de haberse transferido buena parte de su producción textil a Finlandia, Portugal, Yugoslavia..., facilitándolo el hecho de que los beneficios de los grandes grupos capitalistas suecos se realizaran principalmente en el extranjero. Así se deteriora la balanza de pagos, y se produce una hemorragia de divisas.

— El constante incremento del fraude fiscal, pese a las medidas cada vez más draconianas para perseguirlo; y la elevación de los impuestos indirectos dada la proximidad del techo de los impuestos directos.

— Sobre todo, la progresiva disminución del estímulo para

la iniciativa. Es éste, tal vez, el efecto, más grave al provocar «la pérdida del gusto por la iniciativa y por la libertad». Ya lo había profetizado Tocqueville: «los hombres toman gusto a su estado de dependencia». El peso de la imposición, como dice Parent, es cada vez más insostenible y destruye poco a poco los incentivos para el crecimiento..., mientras «la evolución espontánea vuelve a crear desigualdades».

Pero el testimonio más estremecedor de los resultados de la socialdemocracia sueca lo constituye el libro del periodista inglés Roland Huntford, que lleva el expresivo título de *El nuevo totalitarismo: el paraíso sueco*, en el cual leemos que prácticamente «cuatro o cinco familias dominan la vida económica del país». Supercapitalistas que, a su vez, se entienden con los dirigentes de un supersindicalismo, resultando un acuerdo de poder que, por medio de una burocracia extendida por doquier, asegura una dirección tecnocrática de la producción de gran eficacia. Así, el partido socialista, que detenta el poder político, gobierna, por el crédito y los impuestos, el uso de los capitales.

El socialismo distributivo del consumo vive parasitario del gran capitalismo de producción que, a cambio, se beneficia de una situación de monopolio que le libera de toda posible competencia de nuevas empresas; pues éstas resultan imposibilitadas por el peso fiscal y de los gravámenes sociales.

Según el autor, los suecos «han aceptado un grado de control estatal aún desconocido en la mayor parte de los países occidentales; a cambio de la sexualidad se han dejado someter por sus dirigentes; han convertido en una virtud el conformismo necesario para el buen funcionamiento de su sociedad». Pero, los suecos «no son totalmente felices» según las encuestas, que han mostrado «que numerosos suecos no estaban de acuerdo con su entorno y que el 25 % de la población había recibido tratamiento psiquiátrico». Entre ellos, «la fraternidad humana puede decirse que es desconocida. Cada sueco es, ante todo, un consumidor y, como se deja influir fácilmente en sus gustos, constituye una preciosa materia prima para la economía».

En los periódicos se ha podido leer esta afirmación: «En

Suecia, la burocracia es como un cáncer galopante que puede atacar y ofender a todos y a cada uno». Es una frase de la carta que, por medio del diario «*Expressen*» de la capital sueca, Ingmar Bergman dirigió a sus compatriotas antes de abandonar el país, en calidad de exiliado voluntario, como protesta por el trato fiscal a que le sometían los funcionarios de Hacienda, que le acusaban de haber cometido fraude fiscal en su declaración de impuestos.

Según una de las crónicas que han referido este episodio, el sistema sueco de impuestos progresivos es tan duro (como también lo son el noruego y el danés), «que una de las mayores desgracias que puede tener un individuo es haber nacido con inteligencia superior a la normal y usarla para ganar dinero. El ejemplo de Bergman ha sido seguido por Bibi Anderson, Max von Sydow e Ingrid Thulin, todos ellos conocidos colaboradores de Ingmar Bergman». «Se pueden también añadir a la lista de emigrados al famoso jugador de tenis Vijorn Borg y a la conocida autora de novelas infantiles, Astrid Lindgren».

7. Hoy, varios años después, tras la derrota electoral de los socialdemócratas en Suecia y de los laboristas en Gran Bretaña, el triunfo de Mitterrand sobre Giscard d'Estaing, en Francia, y la crisis que se debate por doquier, se propone, incluso dentro de las izquierdas, una amplia revisión de posiciones. El número de septiembre de 1981 de *Le Monde Diplomatique* nos ofrece un interesante «dossier» a este respecto.

Nos limitaremos aquí a tomar algunos datos de los más salientes:

— No sólo en los países gobernados por las socialdemocracias sino incluso en aquellos en que domina el liberalismo económico y el capitalismo avanzado, se advierten: la estagnación de las clases medias independientes, paralela a su rápida sustitución por clases medias asalariadas, naturalmente con menos independencia; la formación de complejos sistemas de prestaciones sociales; una extensión sin precedentes de las intervenciones estatales en la vida cotidiana (vivienda, urbanismo, transportes,

educación, distracción, etc.); una regulación más extremada de numerosas actividades (circulación, construcción, control de calidad de los productos).

— Fracaso de las políticas keynesianas clásicas.

— Crisis en la década del 70 que plantea con nuevas agudeza el problema de la lucha contra la inflación (Gerhard Leithauser).

— Degradación, en Austria, en la relación entre Estado, sindicatos y empresas nacionalizadas y privadas, «de las fronteras entre interés público e intereses personales, de ahí la cascada de escándalos que han empañado la reputación de la socialdemocracia austriaca» (Leithauser).

— En Suecia, interclasismo tecnocrático acelerado (Christine-Buci-Glucksmann). Derrota electoral de los socialdemócratas (Jean Marie Vincent); si bien la coalición centro-derecha continúa la labor de los socialdemócratas (Leithauser).

Y nueva conflictividad obrera en el gran conflicto sueco de la primavera de 1980. Creciente déficit del presupuesto de Estado (11 % P. N. B.) y el de la balanza de pagos (20.000 millones de coronas, en 1981), con una inflación del 13 %, «ya que no es hora de reformas sociales, sino de un programa de austeridad» (Ch. Buci-Glucksmann).

— En Gran Bretaña, hemorragia de votos del partido laborista, que lleva a su crisis de identidad con la escisión socialdemócrata y a una oposición a los reajustes keynesianos (Ch. Buci-Glucksmann).

— Añadamos que, en Francia, el grupo socialista CERES propugna una revisión en terreno totalmente diferente: transferencia al máximo de funciones a las entidades locales y regionales, introducción de la democracia directa en asamblea de barrio y de trabajadores en las empresas y de toda clase de asociaciones. Ciertamente que este sistema recuerda el modelo prerevolucionario de los soviets y que la descentralización trata de dar mayor fuerza al partido en todos los ámbitos sociales.

Ahora bien, ante esta situación, la Internacional Socialista practica una fuga hacia adelante. Del *compromiso socialdemó-*

crata, iniciado a escala nacional después de la segunda guerra mundial en los países desarrollados, pretende pasar a un nuevo compromiso a escala planetaria, abarcando los países del tercer mundo, para implantar un *nuevo orden internacional* y otro reparto de riquezas. Lo que sólo se estima realizable en una economía de expansión por un keynesianismo a escala mundial, como subraya Michel Beaud. De ahí el interés de los socialdemócratas por el tercer mundo.

El XIII Congreso de la Internacional Socialista, celebrado en Ginebra, en 1976, apunta Alfredo G. A. Valladao, significó el viraje tercermundista de los dirigentes socialistas europeos, de acuerdo con el sueño de Willy Brandt de *internacionalizar la Internacional*, tratando de imprimir a la Internacional Socialista una dirección más independiente de las grandes potencias, apartándose de las tensiones Este-Oeste para enfocar los problemas del Tercer Mundo. Como dice Jean Rony, del libro *La social-democratie et l'avenir*, escrito en colaboración por Willy Brandt, Olof Palme y Bruno Kreisky, se desprende una clara convicción de la legitimidad absoluta de la socialdemocracia europea para hablar en nombre de todo el movimiento obrero.

Así se nota una colisión entre la ideología económica del movimiento socialdemócrata y una toma de posición política en la estrategia internacional, que combina —al decir de Christine Buci-Gluskmann— un socialismo postkeynesiano, una no alineación con los bloques en el aspecto militar, el rechazo de una división de trabajo entre el Norte y el Sur, la construcción de un bloque socialdemocrático pluralista y unas opciones autogestionarias.

Por otra parte, esa nueva estrategia se sitúa dentro de la técnica de la guerra de movimientos que tiene como envite central la conquista del poder político, según advierte Kostas Vergopoulos.

8. Es difícil, por muchos que sean, en definitiva, los fracasos de la socialdemocracia, terminar con las ilusiones y apatencias que la sostienen, si no se cambia la mentalidad básica que

la alimenta: el consumismo y el apetito de bienestar material sin responsabilidad.

Recientemente, Gustave Thibon, en su artículo «La politique du bonheur», ha escrito en *Itinéraires*:

«... Sabemos, desde siempre, que César se asemeja al diablo en la medida en que juega a ser Dios. El mejor gobierno es aquel en que el poder se limita a asegurar el orden y la justicia dentro, y la paz fuera; y, en que, por lo demás, deja a los individuos y los cuerpos intermedios el cuidado de organizar su propio destino. Es el que controla y arbitra las libertades, *sin absorberlas*.

»Por el contrario, el poder colectivista es el peor de todos, ya que extiende sus tentáculos en todas las direcciones y acaba por reabsorber la nación en el Estado.

»Y es aquí donde tropieza la idolatría de la política. Los ciudadanos se habitúan, cada vez más, a esperar todo del Estado. Pero éste no tiene siquiera el recurso de la más bella hija del mundo, que puede, por lo menos, dar lo que ella tiene, mientras el Estado nada tiene por sí mismo y no puede dar sino lo que él quita. Si se quiere recibir de él, es preciso consentir en abandonarse totalmente a su providencia alienante, hasta el día en que se da cuenta, ¡demasiado tarde!, que si él nada puede hacer por nuestra felicidad, puede hacerlo casi todo contra la primera condición de esa felicidad: nuestra libertad».

También, en el número 256, de *Itinéraires* (septiembre-octubre de 1981), Salleron, en su artículo «Entropie et negentropie dans la politique», trae estas dos palabras de la termodinámica para iluminar la situación social.

«La entropía —dice— me parece designar comúnmente el estado o el movimiento o el estado potencial de toda realidad que va hacia su destrucción. La negentropía designa el estado o el movimiento contrario, es decir, la resistencia a esa marcha hacia la destrucción».

Y, prosigue:

«¿Cómo las nociones de entropía y negentropía se acomodan para esclarecer los hechos sociales? En esto: en que permiten

significar las tendencias concurrentes a la muerte de los grupos sociales y, a la inversa, las tendencias concurrentes para mantenerlas vivas o para curarlas de un mal mortal.

»Las familias, las ciudades, las naciones, las civilizaciones, las religiones, son mortales, ¿Qué es lo que las impulsa a la muerte? y ¿qué es lo que las hace crecer, florecer o las reanima en los momentos en que parecen avocadas a su pérdida? ¿A qué leyes, si es que existen, obedece su nacimiento, su vida y su muerte?».

Ahora bien, prosigue Salleron, con una impresionante cita de Valery:

«.... El individuo busca una época totalmente agradable, donde él sea lo más libre posible y esté protegido al máximo. Y la encuentra hacia el comienzo del fin de todo sistema social. Entonces reina un momento delicioso entre el orden y el desorden. Todo el bien posible que procura el equilibrio de los poderes y de los deberes, se ha logrado. Es entonces cuando se puede gozar de los primeros relajamientos del sistema. Las instituciones todavía se mantienen, son grandes e imponentes. Pero, sin que nada visible sea alterado en ellas, no tienen apenas más que bella presencia (....). El cuerpo social pierde dulcemente su mañana. Es la hora del goce y del consumo general».

Y concluye Salleron:

«Ahí estamos. Ese momento delicioso tiene un nombre, *socialismo*. El socialismo no es sino la fina punta de la *democracia*, es la íntima combinación de la razón y de la utopía, del progreso indefinido y de la igualdad absoluta, del materialismo concreto y del espiritualismo etéreo. En síntesis: la entropía».

9. Voy a concluir, como lo hice hace unos años, aquí, también, entre vosotros, examinando el mismo tema de las democracias sociales o social-democracias.

Roland Huntfort, al terminar de exponer la experiencia sueca, advertía que ésta plantea una indeclinable alternativa entre la perfección tecnológica y la libertad personal.

Esa experiencia nos es presentada como modelo, en un mo-

mento en que estamos viviendo una política de bien físico mientras es olvidada la política del bien moral. Se trata de un nuevo enfoque del bien común que ha traído esa alteración de los fines de la política, y que ha deparado los antes denunciados «liberalismos de las costumbres», «dirigismo de la producción» y «socialización de la distribución».

Consiste, ni más ni menos, en el olvido del que el bien moral es la parte más importante del bien común, por el cual debe velar el orden político.

Para percatarnos de esa transposición nada mejor que releer algo de lo que, al respecto, ha escrito el profesor Leopoldo Eulogio Palacios, recientemente fallecido.

«El bien físico no es el único bien posible, y no es ni siquiera el mejor, según averiguamos al compararlo con el bien moral. Los bienes físicos son siempre menos importantes que los bienes morales, aunque la aceptación de una verdad tan trivial cause desagrado a nuestra imperfección. Bienes físicos son la hartura, la salud, la paz, la libertad, que nos permiten vivir exentos de hambre, enfermedad, guerra o cautiverio. Y, siendo bienes indudables y preciosos, con todo son menos importantes que otros, como la justicia, la caridad, la paciencia, la templanza, con que combatimos la injusticia, el egoísmo, la tristeza, la sensualidad».

Hoy, sigue L. E. Palacios: «los taumaturgos de nuestra era se han dado a construir y fabricar maravillas, porque el destino del hombre occidental ha sido elaborar la más prodigiosa civilización material que vieran los siglos. Con todo eso, algo se rebela y protesta en nuestro interior cuando topamos con personas que ponen todo su orgullo en los adelantos de la civilización material, que han sido compatibles con asesinatos en masa y con torturas indecibles, y que no han mejorado en nada la empedernida vileza del ser humano. La distinción entre el bien físico y el bien moral, desvaneciendo el engaño nacido de la confusión que entraña la palabra "bien", permite dar la primacía a los valores morales y deja entrever la razón de que el

político moderno pueda, a veces, construir y edificar mucho sin que su acción sea nada edificante».

Estas consideraciones nos recuerdan aquel fragmento del diálogo *Gorgias*, en que Platón nos relata la réplica de Sócrates a Calícrates, cuando éste exaltaba a Temístocles, Cimón y Pericles: «Ellos hicieron grande al Estado, dicen los atenienses; pero no ven que este engrandecimiento no es más que una hinchazón, un tumor lleno de podredumbre; porque de una manera descabellada estos antiguos políticos han llenado la ciudad de puertos, arsenales, murallas, tributos y otras naderías semejantes, sin alcanzar la templanza ni la justicia».